

Capítulo VI.

Donde se encuentra de nuevo á un antiguo personaje de esta historia.

Los caciques de las provincias tributarias de Méjico, apenas supieron la derrota de los mejicanos y la prision de Guatimozin, acudieron á presentarse á Hernan Cortés para jurarle obediencia.

Tambien acudieron á felicitarle los de las provincias aliadas, y entre ellos venia uno con un niño de la mano, lujosamente ataviado á la usanza del país y con la cara pintada de siniestras figuras.

Al hallarse en presencia del caudillo, se precipitó el cacique en sus brazos, y estrechándole con alegría:

—Gracias á Dios, señor, —dijo, —que vuelvo á vuestro lado.

—¡Botello! —exclamó Hernan Cortés, sorprendiéndose de la inesperada aparicion del viejo astrólogo,

go, á quien creia muerto —¿Qué ha sido de tí desde tu ausencia, y qué causas le han motivado?

—Desventuras de la vida; prestadme atencion, y en breves palabras os referiré mi historia.

—Ya te escucho, —añadió el caudillo.

Y tomando asiento, indicó á su interlocutor que hiciera lo propio.

Botello continuó:

—En la accion de la noche triste un presentimiento me decia que los hijos del infortunado Motezuma iban á perecer.

Traté de buscarlos, y ví que desgraciadamente se habian cumplido en parte mis augurios.

Efectivamente, el que al bautizarse tomó el nombre de Juan yacia en tierra próximo á espirar, y yo emtonces me apoderaré de Pedro, que es el que me acompaña, y aprovechándome de la oscuridad de la noche y de la confusion de la pelea, corrí á un bosque á ocultarme.

—¿Y qué te proponias con esa evasion? ¿Cómo puedes justificar tu cobarde conducta?

—Ya he dicho que deseaba salvar la vida del niño. Pero no era sólo un sentimiento humanitario el que me impulsaba en aquel momento. Mi ciencia me decia que podia ser de gran utilidad para vuestra causa, y por eso me consagré por completo á conservar su existencia.

Hernan Cortés dirigió una mirada de admiracion al astrólogo, como dudando de la sinceridad de sus palabras.

El viejo soldado pareció comprender el significado de aquella mirada, y añadió:

—Podeis creerme; además que mi relato os convencerá de que no me habia equivocado al adoptar aquella resolucion.

—Prosigue.

—Como iba diciendo, me dirigí á un bosque, y allí descubrí una gruta en la que me oculté con el hijo de Motezuma. Cuando supe que la batalla habia terminado, quise reunirme con vos para justificar mi ausencia.

Dejé al niño en la cueva, pero al dar los primeros pasos retrocedí, por que me ocurrió una idea.

»—Si me encuentran por estos contornos algunos indios,—me dije,—es fácil que perezca á sus manos. No sucederá así acompañándome el hijo de su desventurado monarca.

Volví, pues, como he dicho, y acompañado de Pedro, emprendí de nuevo la marcha un momento despues.

Proto tuve ocasion de convencerme de la exactitud de mis pronósticos.

No habriamos andado media legua, cuando cayeron sobre nosotros algunos indios.

»—Dáte preso, —exclamaron con feroz alegría;— con tu vida pagarás las infamias que han cometido tus hermanos.

»Yo les contesté:

»—Cuando sepais el gran beneficio que os he dispensado, no llevareis á cabo ese atentado.

»—¿Pues que has hecho?

»—He salvado la vida á uno de los hijos de Motezuma. Vedle ahí.

»—Mientes, infame; los hijos de nuestro desventurado monarca perecieron á nuestras manos. ¡Que los dioses nos perdonen tan horrendo crimen!

»—Repito que este es uno de ellos: al otro no he podido salvarle, porque no le encontré. Creed lo que os digo; reconocedle bien.

»Le examinaron y quedaron algo más tranquilos.

»Uno de ellos dijo de pronto:

—»En breve saldremos de dudas. Nuestro cacique conocia perfectamente á los hijos de Motezuma, y él nos dirá si es cierto lo que dices. ¡Ay de tí si nos engañas!

El ilustre caudillo no desplegab los labios, porque cada vez le interesaba más la relacion del soldado.

Este añadió.

—Nos condujeron á presencia del cacique de la provincia á que pertenecian aquellos indios, y en cuanto que vió á Pedro le reconoció.

»¿Dónde habeis encontrado al hijo de nuestro desgraciado monarca?

»—En poder del extranjero.

»—¿De qué extranjero?

»—Del que nos acompaña.

»—Acércate,—me dijo entonces.

»Obedecí, y le referí que yo habia sido el salvador del niño.

»—No sabes el bien que nos has hecho. Creimos que habia parecido á manos de los mejicanos, y los dioses no nos perdonarian jamás el haber puesto fin á su preciosa vida. Ahora ya estoy más tranquilo, y abrigo la esperanza de que tal vez su hermano le encontremos algun dia.

»No quise desvanecer aquella ilusion, sino por el contrario traté de alimentarla.

»—Y puesto que tú has prestado tan inmenso servicio, te quedarás con nosotros y serás objeto de la mayores consideraciones.

»Llamando á sus servidores:

»—Reconoced al extranjero como á vuestro amo; publicad en toda la provincia su humanitaria conducta, y haced que los señores principales vengan á rendirle el homenaje debido.

—Un mes llevaríamos en compañía del cacique, cuando murió este.

Las simpatías que inspiré á todos hicieron que me aclamasen por su sucesor, y esta dignidad me ha proporcionado el singular placer de proteger vuestra gloriosa causa.

Cuando agentes mejicanos recorrian las provincias del imperio para excitarlas contra vos, yo, gracias á mi prestigio, he podido contener á mis súbditos.

Hoy, al saber el triunfo que habeis alcanzado, he querido venir á felicitaros y á ponerme de nuevo á vuestras órdenes.

—Has cumplido como bueno, y voy á presentarte

á nuestros companeros, que se alegrarán mucho de tu venida.

Avisados los capitanes, felicitaron á Botello por sus triunfos y pasaron un buen rato oyéndole referir las mil peripecias que habia arrostrado en su calidad de cacique.

Despues fué presentado á los soldados; tuvo tambien benévola acogida, y durante muchos dias fué el objeto de la conversacion la narracion de sus aventuras.

Aunque Hernan Cortés recibia diariamente adhesiones de amistad y respeto de muchos caciques, para no tener nada que temer en el porvenir dispuso que sus capitanes se encargasen del mando de las diferentes provincias.

Botello, á pesar de ocupar jerarquía más humilde en la milicia, conservó el puesto que debia á su fortuna, en gracia á su leal conducta.

Los capitanes partieron á desempeñar la importante mision que les confió el caudillo, y un momento despues recibió aviso de que unos embajadores enviados por el rey de Mechuacan deseaban verle.

Cortés se apresuró á recibirlos.

Asistamos á esta entrevista.

Capítulo VII.

En el que se dá cuenta de una embajada que envió Cazoncin, cacique de Mechuacan, sometiéndose á la obediencia de Cortés.

—Cazoncin, nuestro señor,—le dijeron apenas se hallaron en su presencia,—nos envia para felicitaros sinceramente por la derrota de los mejicanos. Enemigos implacables de ellos, habíamos reñido sangrientas batallas, y jamás consentimos someternos á su odioso yugo. Hoy, al saber el triunfo que habeis obtenido, despues de admirar vuestro valor, vuestra pericia, venimos á ofrecernos como súbditos vuestros.

—Agradezco infinito esas amistosas palabras, porque mi mayor deseo es no volver á derramar una gota de sangre. Podeis estar seguros de que jamás por causa mia se romperán los lazos de afecto que ahora estrechemos, y no os pesará en verdad haber

entablado tan buenas relaciones con el que aquí es representante del monarca más poderoso del mundo, del gran emperador Cárlos V.

—Permitid que nos retiremos para ir á participar á nuestro soberano la cordial acogida que habeis tenido á bien dispensarnos.

—Yo os suplico que descanséis aquí algunos dias para que podais enteraros de los elementos que nos han servido para obtener tantas victorias, que á buen seguro excitarán vuestra atencion.

Cuatro dias pasaron los embajadores en el real de Hernan Cortés, y lo que más les asombró fué los caballos y la facilidad con que los manejaban los españoles.

Al despedirse de ellos les hizo algunos regalos y dispuso que fueran á acompañarles á su país dos españoles con objeto de tomar una idea exacta de él.

Cuando llegaron á Machuacan, ponderaron á su señor Cazoncin cuanto habian visto, en términos que despertaron en él la idea de ir á admirar por sí mismo tantas maravillas.

Los consejeros le disuadiéron, y entonces ordenó que fuera en su nombre un hermano suyo para estrechar más y más los lazos de amistad con Cortés.

Llegó, en efecto, á Culuacan el hermano del monarca, acompañado de algunos caballeros de la corte y más de mil indios que componian su servidumbre.

El caudillo de los españoles le recibió con toda solemnidad, y dispuso en su obsequio un magnífico banquete.

Terminando este, le llevó á ver los bergantines.

En su presencia se hicieron algunos disparos con los cañones, y su asombro creció de punto al ver la precision de estas armas, cuyos proyectiles daban en el centro del blanco colocado en una elevada torre.

Tambien se dispararon á un tiempo todos los arcabuces y ballestas, y el ruido que produjeron las detonaciones le causó espanto y admiracion.

Hubo un simulacro entre los de caballeria, y se deleitó sobremanera al contemplar la agilidad, la destreza con que manejaban la lanza y se servian de los caballos.

No se maravilló ménos de los trajes y barbas que tenian los españoles, y cuando regresó á su provincia pasó más de ocho dias refiriendo entusiasmado cuanto habian contemplado sus ojos.

Convencido Cortés de la sinceridad de Cazoncín, envió á poblar Chincicila de Mechuacan á Cristóbal de Olid con cien infantes y cuarenta caballos.

Cazoncín se alegró mucho de que se estableciesen allí, y los agasajó espléndidamente.

Les dió mucha ropa de pluma y algodón, cinco pesos en oro de ley y mil marcos de plata.

Además ofreció su persona y reino al rey de Castilla, segun le rogaba Cortés.

La ciudad principal de Mechuacan, que es, por decirlo así, la capital, es Chincicila, y dista de Méjico unas cuarenta leguas.

Está situada en la falda de unas sierras, sobre una

laguna dulce tan grande como la de Méjico, en la que abundan muy buenos pescados.

Además de esta laguna hay otros muchos lagos; y de las muchas pesquerías que allí hay ha tomado el nombre el territorio de Mechuacan, que quiere decir lugar de pescado.

Hay tambien muchas fuentes de aguas termales, que utilizan para baños.

Es tierra muy templada, de buenos aires y tan sana, que muchos enfermos de otras partes van á restablecerse á ella.

Toda la comarca es muy fértil, y abundan en ella los cereales, frutas y legumbres.

Hay tambien mucha caza, y produce cera y algodón.

Los hombres son más esbeltos que los de otros pueblos, y de una robustez y una fuerza superior para el trabajo.

Son grandes tiradores de arco y muy certeros.

Los más que se distinguen en esta clase de ejercicios son los que llaman tenchichimecas.

Existe entre ellos un castigo singular para los que yerran al disparar sus armas.

Les ponen una vestidura de mujer, y por afrenta les llaman *cucitl*.

A esto se debe sin duda el que adquieran tal destreza.

Siempre estuvieron en guerra con los de Méjico, y en todas ocasiones salieron vencedores.

Hay en este reino muchas minas de oro y plata.

Juan

En el año de 1525 se descubrió en él la más rica mina de plata que se había visto en la Nueva España.

El filon que presentaba era de tal potencia, que los oficiales que fueron en aquella expedición le eligieron para su rey, á despecho del que la descubrió.

Algunos años más tarde se agotó, no sin haber extraído cuantiosas cantidades de aquel precioso metal.

Se encuentran buenas salinas, mucha piedra negra, de la que hacen navajas y demás instrumentos cortantes, y finísimo azabache.

Los españoles ensayaron algunas plantaciones, y todas tuvieron un lisonjero éxito.

En breve tiempo poblaron el territorio de infinitas moteras, y se dedicaron al cultivo de gusanos de seda.

El trigo que sembraron produjo una cosecha tan asombrosa, que un español, llamado Francisco de Terrazas, cogió seiscientas fanegas de cuatro que sembró.

Abundan los pastos, y por esta razón el ganado constituye una de las principales riquezas.

En tanto que Cristóbal de Olid se dirigía á Chincicila de Mechuacan, Hernan Cortés resolvió dar á conocer á los vencidos mejicanos al hijo de Motezuma.

Reuniendo á los altos dignatarios del imperio, les habló de este modo:

—Voy á daros una noticia, que de seguro atenuará algún tanto la pena que devora nuestros corazones.

Todos se aprestaron á escucharle con atención.

—Entre vosotros existía la creencia de que los dos hijos de vuestro desgraciado monarca, del emperador Motezuma, habían perecido, y lo que es más, que habían muerto á vuestras manos.

Desechad ese remordimiento.

Cierto es que uno de ellos ha sucumbido, pero ha sido de muerte natural.

El otro se halla en mi poder, y en breve vá á tener lugar la solemne ceremonia de presentárosle para que le acateis con el respeto debido á su esclarecido linaje.

Una exclamación de asombro acogió las palabras del caudillo.

—Retiraos, pues, — continuó; — vestid vuestras mejores galas, y acudid de nuevo á mi palacio para asistir á la presentación del ilustre descendiente de vuestro emperador.

Todos obedecieron.

La fiesta se celebró con gran pompa.

Durante tres días hubo festejos públicos, y el pueblo, impresionable como el de todos los países, se entregó á aquellos regocijos sin cuidarse para nada de la desesperada situación á que le habían conducido las dolorosas circunstancias que había atravesado.

Cortés propuso á la asamblea reunida en su palacio dar el reino de Tezcucó al joven príncipe, y todos acogieron con entusiasmo esta determinación.

Comisionó para que le acompañase á uno de sus capitanes, y el elegido ocupó el trono de dicha provincia.

Sus vasallos le juraron; pero con el nombre español de Pedro, que habia recibido al ser bautizado.

Pedro Motezuma fué el jefe de la ilustre familia de este apellido, que aun hoy tiene descendientes en España.

Capítulo VIII.

Donde los lectores presenciaron una escena que tuvo lugar entre Guatimozin y Cortés

Dos dias habian pasado desde los sucesos que acabamos de referir, y Guatimozin, que desde su prision oia los alegres ecos de los mejicanos que asistian á aquella solemnidad, sintió renovarse en su alma los acerbos dolores que le devoraban, amortiguados algun tanto por el peso de su desesperada situacion.

Pidió con insistencia á sus guardianes que comunicasen á Cortés que tenia deseos de celebrar con él una entrevista, y el ilustre caudillo se apresuró á complacerle.

—Me han dicho que querías verme, y he venido á informarme de vuestros deseos.

—Os doy gracias, señor, por la señalada merced que me otorgais, y vuestra infinita bondad me